

17. SISTEMAS HISTÓRICOS COMO SISTEMAS COMPLEJOS

El término “sistema histórico” no suele usarse en las ciencias sociales y muchos especialistas en estas disciplinas de hecho lo considerarían una expresión anómala. Quienes hacen hincapié en lo histórico por lo general minimizan o niegan lo sistémico, y a su vez, quienes prestan atención a lo sistémico suelen hacer caso omiso de lo histórico. Esto no significa que, por ser una cuestión abstracta, no se reconozca la importancia de reconciliar esta dicotomía o distinción usual entre lo estático y lo dinámico, entre lo sincrónico y lo diacrónico. Se ha reconocido esa necesidad pero, en la práctica, las instituciones han ejercido mucha presión para que se proceda en una u otra dirección de lo que a fines del siglo XIX se denominó la *Methodenstreit* entre los métodos idiográfico y nomotético del conocimiento en el terreno de la vida social.

Sin embargo parece obvio que lo que es histórico es sistémico y lo que es sistémico es histórico. Todos los fenómenos complejos tienen reglas, fuerzas constrictivas, tendencias o principios rectores, es decir, estructuras. Cualquier estructura real (en contraposición a estructuras imaginarias) tiene particularidades debido a su génesis, su historia de vida y su entorno, y por ende tiene una historia que es clave para su manera de funcionar. Conforme más compleja es la estructura, más decisiva es su historia. El problema radica en que esta verdad no debe enunciarse como algo metafísico, sino manipularse en el estudio de cualquier fenómeno real complejo. Mi manera de hacerlo es concebir el mundo social como una sucesión y coexistencia de múltiples entidades de largo plazo y de gran escala que denomino sistemas históricos. Éstos tienen tres características definitorias: son relativamente autónomos, o sea, funcionan en esencia en términos de las consecuencias de sus procesos internos; tienen límites temporales, es decir, tienen principio y fin; tienen límites espaciales, aunque este espacio puede cambiar en el transcurso de su vida.

Esto pudiera parecer sencillo, incluso obvio, pero convertir estos criterios en entidades operativas resulta bastante problemático. De hecho la historiografía de los últimos 150 años abunda en discusio-

nes acerca de las delimitaciones sistémicas de sistemas históricos particulares, aunque se suele evitar esta terminología. He intentado abordar el asunto de las delimitaciones partiendo de la división social del trabajo, las condiciones para asegurar la supervivencia social. Pienso que un sistema histórico debe representar una red integrada de procesos económicos, políticos y culturales cuya totalidad mantiene unido al sistema. Por consiguiente, si cambian los parámetros de cualquier proceso particular, los otros procesos de alguna manera deben adaptarse. Gracias a esta trivialidad podemos identificar lo que está fuera del sistema histórico. Si algo puede ocurrir y de hecho ocurre en una zona *x*, una zona que se piensa o se sospecha que es parte de un sistema histórico dado en una época *y*, y el resto del sistema permanece ajeno a este suceso, entonces la zona *x* se encuentra fuera de este sistema histórico particular, aunque pudiera parecer que hay una interacción social visible entre la zona *x* y este sistema. Tal vez el asunto se aclara más si hago el análisis de algo concreto. En mi libro sobre la economía-mundo europea en el siglo *xvi*, afirmo que podía decirse que su división social del trabajo sí incluyó a Polonia mas no a Rusia. Es evidente que tanto Rusia como Polonia sostenían relaciones comerciales marítimas con varios países de Europa occidental (y Polonia también las tenía por tierra con las Alemanias); sin embargo, desde mi punto de vista, la diferencia (que apoyo con cierta evidencia empírica) entre ambos casos radicó en que cualquier interrupción duradera de las relaciones entre Polonia y, digamos, los Países Bajos (algo muy factible en 1626-1629, aunque no se concretizara) hubiera provocado una notable alteración de los procesos de producción en ambas regiones; en contraste, los intentos concretos del zar Iván IV en 1550-1570 por cortar dicha relación que de hecho existía en ese entonces no provocaron tal alteración. Por lo tanto puede decirse que Polonia y los Países Bajos se encontraban en una sola división del trabajo, mientras que Rusia se encontraba fuera de ese sistema histórico.¹

Si luego se utiliza una cinta de medir, me parece cierto que esas

¹ Para más detalles de este análisis, véase Immanuel Wallerstein (*El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo *xvi**, cap. 6, *passim*). Para un punto de vista que apoya de manera empírica si Rusia fue o no parte de la economía-mundo europea en el largo siglo *xvi*, véase Hans-Heinrich Nolte, "The position of Eastern Europe in the international system in early modern times", 1982, pp. 32-48.

divisiones sociales autónomas del trabajo históricamente sólo pueden encontrarse en entidades bastante pequeñas, tanto desde el punto de vista espacial como temporal —yo las denomino minisistemas—, y en las entidades de gran escala y larga duración que yo denomino sistemas-mundo. Además, divido los sistemas-mundo en dos variantes estructurales principales: aquellos con una sola estructura política cúpula —los imperios-mundo— y los que carecen de tal estructura dominante: las economías-mundo (I. Wallerstein, *The Capitalist World-Economy*, 1979, cap. 9, y *The Politics of the World-Economy: The States, the Movements and the Civilizations*, 1984, cap. 14).

En mi opinión casi no sabemos nada acerca del funcionamiento de los minisistemas. Para empezar, creo que hoy ya no existen; además, también creo que la mayor parte de lo que se ha descrito como minisistemas en realidad no fueron más que componentes locales de sistemas-mundo, ya que uno de los requisitos previos para estudiarlos hasta ahora parece haber sido su inclusión en uno de esos sistemas-mundo. Y por último, pienso que esos minisistemas eran de poca duración y, casi por definición, carecían de un método para registrar la historia de su vida. Por lo tanto nos enfrentamos a un problema análogo al que se enfrentan los físicos cuando quieren estudiar esas partículas extremadamente pequeñas de existencia efímera. Algún día tal vez se diseñarán maneras para percibir esas partículas (los minisistemas) que cubren una porción tan amplia de la historia social de la humanidad, pero por lo pronto no parece haber una manera para lograrlo. Por ende, lo que voy a decir concierne en esencia a los sistemas-mundo.

Comienzo señalando un cambio histórico en la relación de los imperios-mundo y las economías-mundo. Desde alrededor del 10000 a.C. hasta aproximadamente 1500 d.C. existió (y coexistieron) un gran número —pero contable— de esos sistemas mundo (así como un número desconocido y quizá muy grande de minisistemas). En este periodo, la modalidad del imperio-mundo parecía “más fuerte” que la modalidad de la economía-mundo ya que con cierta frecuencia los imperios-mundo en expansión absorbían a las economías-mundo cercanas (así como a los minisistemas cercanos). Al parecer los imperios-mundo tuvieron límites espaciales y temporales incorporados, dado que la expansión hacia afuera siempre parecía llegar a un punto en que el poder de la autoridad central era vencido por fuerzas desintegrantes, tras lo cual los imperios-mundo

se contraían. En los “vacíos” espaciales así creados, después volvían a surgir nuevas economías-mundo y minisistemas. Hasta donde sabemos, se pueden extraer dos generalizaciones sobre la coexistencia de los imperios-mundo y las economías-mundo en este largo periodo. Aquellos imperios-mundo que se concretizaban (es decir, sin duda hubo un gran número adicional de intentos fallidos por crear imperios-mundo) tenían una duración considerable (digamos unos 500 años de inicio a fin). Por otra parte, las economías-mundo parecían más frágiles y ninguna duraba mucho en ese periodo.

Alrededor del 1500 ocurrió algo extraño, que desde mi punto de vista aún no se ha podido explicar de manera satisfactoria. Se invirtió la fuerza relativa de las modalidades de economía-mundo e imperio-mundo. Es decir una economía-mundo en particular, la que en ese momento dominaba una gran zona de Europa, resultó ser menos frágil, sobrevivió y así pudo servir de marco para el desarrollo cabal de un método de producción capitalista, que requiere y sólo puede existir dentro de la modalidad de una economía-mundo. Una vez que esta economía-mundo capitalista se consolidó, se extendió en el espacio gracias a la lógica de sus procesos internos y absorbió a los imperios-mundo circunvecinos (por ejemplo, el imperio ruso, otomano, mogol, chino), al igual que, por supuesto, los minisistemas circunvecinos. Además en contraste con lo que había sucedido antes con los imperios-mundo, este proceso de expansión no parecía tener delimitaciones espaciales incorporadas. Para fines del siglo XIX, la economía-mundo capitalista se había extendido sobre todo el planeta, absorbiendo, según parece, a todos los demás sistemas históricos. Así que, por primera vez en la historia del planeta hubo un solo sistema histórico en el orbe. Se creó una situación estructural completamente nueva, ya que ahora no había sistemas históricos coexistentes fuera del único sistema superviviente llamado economía-mundo capitalista.

Esta situación presenta tres problemas intelectuales: *a)* ¿Cómo se explica la transición de alrededor del 1500? Ya mencioné que las explicaciones proporcionadas con anterioridad, incluyendo la mía, son poco convincentes; por el momento no profundizaré en este tema. *b)* ¿Qué tiene el sistema actual que explique su constante expansión? *c)* ¿Cuáles son las consecuencias de que este sistema histórico funcione en la actualidad sin otros sistemas fuera de él?

La incesante expansión espacial de la economía-mundo capitalista se ha dado en función de su dinámica central: la constante acu-

mulación de capital. Esta dinámica funciona de tres maneras. En primer lugar la expansión espacial lateral tiene efectos específicos al recrear el margen de obtención de plusvalor cada vez que dicho margen se reduce de manera global para ayudar a sacar a la economía-mundo de un retroceso coyuntural mediante el incremento de la demanda efectiva global con una redistribución parcial de este plusvalor a los sectores de ingresos relativamente bajos. El proceso de expansión geográfica sirve para incorporar nuevos sectores de productores directos que reciben poca remuneración, lo cual vuelve a expandir el porcentaje de plusvalor centralizado en manos de un número pequeño de acumuladores relativamente grandes de capital.²

En segundo lugar, la economía-mundo capitalista implica estructuras con una marcada tendencia a recompensar en forma específica el avance tecnológico. En los imperios-mundo también se recompensaba el avance tecnológico, pero al mismo tiempo había fuertes castigos (que solían desacelerar de manera considerable el proceso), puesto que las autoridades centralizadas con frecuencia tenían que hacer frente al difícil problema político de controlar a sus directivos geográficamente dispersos —y el avance tecnológico lo dificultaba— por medio de lo que pudiera describirse como su tendencia a democratizar el uso de la fuerza. El rápido avance tecnológico oculto así en el funcionamiento normal de la economía-mundo capitalista hizo que desde el punto de vista técnico fuera posible, debido a que lo fue en el aspecto militar, superar la resistencia de los imperios-mundo a incorporarse a la economía-mundo.

En tercer lugar, un modo de producción capitalista implica mecanismos que penalizan en forma específica un comportamiento que no es sensible a los constantes cambios de las modalidades óptimas para llevar la acumulación de capital al máximo. Quienes controlan las operaciones económicas y no ejecutan acciones para llevar la acumulación de capital al máximo terminan quebrando y son eliminados como participantes. Por otra parte, no hay mecanismos (como los que podría haber en un imperio-mundo) que penalizan los modos irracionales de consumir el producto mundial. De hecho tampoco hay manera de imponer los valores antimerca de manera sistemática y persistente en las tomas de decisiones. Por consiguiente, no hay una base donde asentar con eficacia la oposición a

² Es evidente que el proceso implica también otros elementos. Véase Immanuel Wallerstein, "Crisis as transition", 1982, pp. 15-22.

la expansión geográfica, una vez que quedó demostrado que servía a los intereses de la acumulación de capital.

La intensificación de los procesos capitalistas y la expansión geográfica de los límites de las divisiones sociales del trabajo, fueron entonces el resultado de fuerzas muy poderosas que participaron en la propia creación y consolidación de una economía-mundo. A la fecha siguen siendo inparables, e incluso podría hablarse de un efecto avalancha. Claro que se trata de un proceso histórico en el que cada parámetro está en constante cambio. Los sistemas históricos son ejemplos por excelencia de la irremediable flecha del tiempo. A pesar de ello pretendemos analizar este sistema en términos estructurales, lo cual implica la existencia de algunos tipos de fenómenos repetitivos y, en cierto nivel (por limitado que sea), algunos tipos de impulsos hacia un equilibrio, incluso equilibrios en movimiento. De modo que hemos vuelto a la contradicción original de la expresión "sistema histórico": algo que está en constante cambio en cuanto a su dirección pero que también en esencia es lo mismo, al menos de manera provisional.

En el nivel intelectual la cuestión consiste en distinguir ritmos cíclicos, tendencias seculares y crisis que son transiciones y, por lo tanto, rupturas. La ideología social dominante de nuestro sistema-mundo actual implica dar prioridad moral a lo que es nuevo. Puesto que el mundo cambia constantemente, siempre es muy sencillo descubrir y analizar lo que es novedoso; de hecho es mucho más difícil descubrir lo que "en esencia" no cambia. Por lo tanto, como advertencia metodológica número uno propongo que primero debe agotarse la descripción de lo que no cambia, es decir, lo repetitivo, lo cíclico. Para lograrlo es evidente que se debe empezar por decidir la unidad de análisis, y es aquí donde mi planteamiento de las delimitaciones de los sistemas históricos se vuelve crucial. Lo repetitivo o cíclico es aquello que se mide dentro de los límites espaciales y temporales de un sistema histórico determinado.

En vista de que todo siempre cambia, el ciclo, la repetición cuando mucho se aproxima, nunca es exacta. Pero los cambios no son arbitrarios. En principio son predecibles conforme a las reglas de funcionamiento del sistema, pues de lo contrario no sería un sistema. Antes he dado el ejemplo de una secuencia particular: el estancamiento económico; algo de redistribución del plusvalor y, por ende, tanto una renovada demanda efectiva como una reducción de la apropiación global del plusvalor; la expansión sistémica lateral y,

por ende, la incorporación de nuevas zonas productivas de baja remuneración y el consiguiente aumento en la apropiación global del plusvalor. Lo anterior constituye una parte pequeña de un cuadro más complejo y por el momento no volveré más elaborados los méritos de este análisis, sólo quisiera señalar que si esta secuencia es real, se esconden tendencias seculares en su operación. Una es evidente: la expansión espacial lateral; otra no lo es tanto en el material que proporcioné aquí, pero podría demostrar que dentro de esta secuencia se encuentra una tendencia hacia la proletarización de la fuerza laboral. Ahora bien, si trazamos cada una de estas tendencias como una sencilla línea curva cuya abscisa representa el porcentaje del todo (porcentaje del planeta incluido en los límites de la economía-mundo capitalista, porcentaje de la fuerza laboral de esta economía-mundo que es proletaria), entonces resulta que las tendencias seculares se mueven hacia asíntotas.

Esta sencilla realidad explica las diferentes crisis, transiciones y rupturas. Si para resolver un problema a mediano plazo, por ejemplo el de un estancamiento económico repetitivo, es necesario (entre otras cosas) aumentar en el aspecto interno la proletarización y expandir los límites en forma lateral, entonces a medida que uno va acercándose en el largo plazo a estas asíntotas, ya no será posible resolver los problemas repetitivos de mediano plazo. Me tocaría demostrar por supuesto que no hay modos alternativos de resolver el problema, pero una vez más se trata de un argumento empírico acerca de las reglas estructurales que dominan un sistema histórico particular. Si me equivoco respecto a las reglas, entonces habrá otras, y sean las que sean, siempre habrá la contradicción entre las soluciones de mediano plazo a problemas coyunturales, cíclicos (o desequilibrios, si así se les quiere llamar) y las posibilidades a largo plazo de usar dichas soluciones (el acercamiento a la asíntota).

Por ende, todo sistema histórico deberá seguir siendo histórico. Si tiene un inicio, tendrá un fin, y éste puede adoptar muchas formas. Sin embargo creo que es muy útil considerar dicho fin no como una línea precisa sino como una franja de tiempo, una "transición" durante la cual las oscilaciones alrededor de cualquier línea que se mida se vuelven cada vez más grandes y erráticas. En términos de la filosofía tradicional, y no en los términos de las ciencias físicas, opino que ello significa un aumento de la gama de opciones de actores sociales, al grado en que el libre albedrío prevalece sobre la necesidad. Mi argumento plantea, en esencia, que dentro de un

sistema histórico en funcionamiento no existe un verdadero libre albedrío. Las estructuras limitan las opciones e incluso las crean. Por ejemplo, tanto la opresión de los débiles por los fuertes como la resistencia de los débiles a los fuertes son fenómenos mensurables, predecibles y estructurados, pero cuando el sistema entra en aquella franja de tiempo que marca su periodo de dimisión o ruptura (algo que por definición ocurre una vez y sólo cuando llega su fin), todo (o casi todo) está libre. El resultado es indeterminado. Supongo que en un nivel de abstracción más alto quizá podamos explicar estos resultados, pero no es posible hacerlo en el nivel en que se vive la vida real, y es cuando surge el significado del viejo dicho: "la historia guarda sus secretos".³

Creo que ahora estamos en dicha franja de transición y que las oscilaciones, tanto políticas como intelectuales, se están haciendo más grandes y erráticas. También creo que el resultado *de facto* es indeterminado y que nuestra gama real de opciones se ha ampliado tanto que nuestras opciones políticas e intelectuales en el fondo se vuelven opciones de moral en maneras que hace un siglo no eran posibles. Por ello en estos momentos la distinción operativa entre opciones políticas, intelectuales y morales se vuelve más estrecha (aunque no pienso que alguna vez desaparezca) y cada opción por ende se vuelve más difícil, no más fácil. Estoy seguro de que es así para las ciencias físicas y biológicas, y con mayor razón lo es para el estudio de los sistemas más complejos de todos: los sistemas sociales históricos.

³ En el lenguaje de las ciencias físicas el acercamiento de la asíntota corresponde a la evolución de un sistema a un estado estacionario "caracterizado por la producción mínima de entropía compatible con las constricciones impuestas al sistema". Ilya Prigogine e Isabelle Stengers (*Order Out of Chaos*, 1984, p. 138) continúan: "El estado estacionario hacia el cual evoluciona el sistema entonces es necesariamente un estado sin equilibrio en el que ocurren procesos disipativos con tasas que no desaparecen." La existencia de estos procesos disipativos me parece que representa la condición donde tiende a prevalecer lo que los filósofos llamaron "libre albedrío" o, al menos, a tener más espacio. El resultado, entonces, es "indeterminado".

18. LLAMADO A UN DEBATE SOBRE EL PARADIGMA

El “análisis de los sistemas-mundo” no es una teoría sobre el mundo social o sobre una parte de éste, es más bien una protesta contra las maneras como se estructuró la investigación científica social para todos nosotros desde su concepción a mediados del siglo XIX. Este método de investigación se ha convertido en una serie de suposiciones *a priori* con frecuencia incuestionadas. El análisis de los sistemas-mundo sostiene que este método de investigación científica social, ejercido en todo el mundo, ha tenido el efecto de cerrar, en vez de abrir, muchas de las interrogantes más importantes o más interesantes. Al portar las anteojeas producto del siglo XIX, somos incapaces de realizar la tarea social que deseamos realizar y que el resto del mundo desea que realicemos, a saber: mostrar en términos racionales las verdaderas alternativas históricas ante nosotros. El análisis de los sistemas-mundo surgió como una protesta moral y, en su sentido más amplio, como una protesta política; sin embargo, dicho análisis desafía el método de investigación prevaleciente de afirmaciones científicas, es decir, partiendo de las afirmaciones relacionadas con las posibilidades de conocimiento sistemático sobre la realidad social.

Por lo tanto éste es un debate sobre aspectos fundamentales, y dichos debates siempre son difíciles. En primer lugar la mayoría de los participantes tienen profundos compromisos con los aspectos fundamentales. En segundo lugar rara vez resulta que una prueba empírica clara, o por lo menos sencilla, resuelva o siquiera esclarezca estas cuestiones. El debate empírico debe abordarse en un nivel holístico y bastante complejo. ¿La suma de la teorización partiendo de una u otra serie de premisas abarca descripciones conocidas de la realidad en una manera más “satisfactoria”? Esto nos involucra en todo tipo de dilemas secundarios. Nuestras “descripciones” conocidas de la realidad dependen en cierta medida de nuestras premisas; las “descripciones” futuras podrían transformar nuestro sentido de la realidad. Por último, ¿qué significa abarcar la realidad “de manera satisfactoria”? ¿Es este último criterio algo más que un adjunto estético?

No sólo por todas estas razones resultan frustrantes los debates

sobre los aspectos fundamentales; además cada bando ha incorporado una desventaja. Los defensores de las perspectivas existentes deben “justificar” las anomalías, de ahí nuestro actual desafío, pero los opositores deben ofrecer “información” convincente en una situación en la que, en comparación con el siglo y medio más o menos de investigación científica social tradicional, han tenido mucho menos tiempo para acumular “información” relevante. Cuando se trata de un objeto de estudio que de manera inherente no responde a la manipulación experimental, la “información” no puede acumularse con rapidez. Así que una disputa sobre los aspectos fundamentales podría considerarse análoga al combate por el campeonato de peso pesado, pero sin árbitro y entre dos boxeadores algo dispépticos, cada uno con su mano izquierda atada a la espalda. Podría ser divertido verlos, pero ¿sería boxeo?, ¿sería ciencia?

¿Y quién lo decidiría? En cierto sentido serían los espectadores quienes decidirían, y tal vez no mirando a los boxeadores, sino luchando ellos mismos. Así que, ¿por qué tomarse la molestia? Porque los boxeadores son parte de los espectadores quienes por supuesto son todos boxeadores.

Para no perdernos en analogías, permítaseme volver al comentario de los aspectos fundamentales. Propongo tomar siete supuestos de la investigación científica social e indicar qué es lo que me incomoda de ellos. Después analizaré si las suposiciones alternativas (o incluso contrarias) no son igual o más convincentes, e indicaré el rumbo adonde nos llevarían estas suposiciones alternativas.

1. *Las ciencias sociales se constituyen de diversas “disciplinas” que son agrupaciones intelectualmente coherentes del objeto de estudio diferentes entre sí.*

Estas disciplinas se enlistan la mayoría de las veces como antropología, economía, ciencias políticas y sociología. Claro que hay incorporaciones potenciales a la lista, como podría ser la geografía. Determinar si la historia es o no una ciencia social implicaría algo de controversia, y retomaremos esta cuestión más adelante (véase la sección II). Existe un debate similar sobre la psicología, o por lo menos sobre la psicología social.

Desde 1945 por lo menos, es cada vez más popular deplorar las barreras innecesarias entre las “disciplinas” y apoyar los méritos de la investigación o enseñanza “interdisciplinaria”. Esto se ha argumentado con base en dos aspectos. Uno es la aseveración de que el

análisis de algunas “zonas problemáticas” puede ser beneficioso si el enfoque combina las perspectivas de muchas disciplinas. Se dice, por ejemplo, que si deseamos estudiar “el trabajo”, podría resultar muy ventajoso reunir el conocimiento de disciplinas como la economía, las ciencias políticas y la sociología. La lógica de dicho enfoque conduce a varios equipos multidisciplinarios, o a un solo académico “que aprende varias disciplinas”, por lo menos en la medida en que se relacionan con “el trabajo”.

El segundo aspecto base de la investigación “interdisciplinaria” es un poco diferente. A medida que proseguimos nuestra investigación colectiva, se hace evidente —según se afirma— que parte de nuestro objeto de estudio se encuentra “en el límite” entre dos o más disciplinas. La “lingüística”, por ejemplo, podría ubicarse en dicho “límite”. La lógica de dicho enfoque a la larga podría conducir al desarrollo de una nueva “disciplina autónoma”, lo cual de muchas maneras es lo que ha estado sucediendo al estudio de la lingüística durante los últimos 30 años.

Sabemos que hay múltiples disciplinas, dado que existen múltiples departamentos académicos en las universidades de todo el mundo, múltiples grados en estas disciplinas y múltiples asociaciones nacionales e internacionales de académicos de estas disciplinas. Es decir, sabemos desde el punto de vista *político* que existen diferentes disciplinas que cuentan con organizaciones con límites, estructuras y personal para defender sus intereses colectivos y garantizar su reproducción colectiva. Pero esto no nos dice nada sobre la validez de sus derechos *intelectuales* a la separación, derechos que se supone justifican las redes organizacionales.

La alabanza de los méritos del trabajo interdisciplinario en las ciencias sociales hasta ahora no ha socavado de manera notable las fortalezas de los aparatos organizacionales que protegen las disciplinas separadas. Incluso pudiera ser lo contrario: lo que ha acentuado el derecho de cada disciplina a representar un nivel separado de análisis vinculado a metodologías apropiadas es la aseveración constante, por parte de quienes practican las diversas disciplinas, de que cada una tiene algo que aprender de la otra, y que ese algo no se podría conocer si cada una ejerciera su propio nivel de análisis con sus metodologías específicas, y que ese “otro” conocimiento es pertinente e importante para resolver los problemas intelectuales en los que trabaja cada disciplina. El trabajo interdisciplinario no es en ningún sentido una crítica intelectual *per se* a la sectorización actual

de las ciencias sociales y en todo caso carece de la influencia política para modificar las estructuras institucionales existentes.

Pero, ¿en realidad son “disciplinas” las diversas disciplinas científicas sociales? A pesar de ser una palabra utilizada de manera tan amplia, rara vez se analiza qué constituye una “disciplina”. Este término carece de entrada en la *International Encyclopedia of the Social Sciences* y en la *Encyclopedia of Philosophy*, y tampoco aparece en la *Encyclopaedia Britannica*. Tenemos mejor suerte si recurrimos al *Oxford English Dictionary*, el cual nos dice que:

Etimológicamente, *disciplina*, o lo perteneciente al discípulo o aprendiz, es la antítesis de *doctrina*, lo que practica el doctor o maestro; por lo tanto, conforme a la historia de las palabras, *doctrina* se relaciona más con la teoría abstracta, y *disciplina* con la práctica o ejercicio.

Pero una vez recordado el origen del término, el *OED* no nos ayuda mucho con respecto a la verdadera definición, pues enuncia: “una rama de la enseñanza o la educación; un departamento de enseñanza o conocimiento; una ciencia o arte en su aspecto educativo”. El énfasis aquí parece ser la reproducción de conocimiento (o al menos su divulgación) y no su producción. Pero ¿es evidente que el concepto de “disciplina” no pueda separarse del proceso de producir conocimiento?

La historia de las ciencias sociales es bastante clara, al menos a grandes pinceladas. Antes no había ciencias sociales, si acaso sólo sus “predecesores”. Después, lenta pero firmemente, surgió durante el transcurso del siglo XIX una serie de nombres, y más tarde, de departamentos, grados y asociaciones que, para 1945 (aunque en ciertos casos antes) se habían convertido en las categorías que utilizamos en la actualidad. Hubo otras “denominaciones” que se descartaron y que se supone implicaban diferentes “agrupaciones” del “objeto de estudio”. No se sabe a ciencia cierta qué es, o qué era, aquello que abarcaban términos como “economía moral” o *Staatswissenschaft*, y esto no se debe a que sus defensores no razonaran de manera bastante clara, sino a que una “disciplina” en cierto sentido real se define con base en su ejercicio a largo plazo, y un ejercicio interrumpido significa una disciplina infructuosa. Por ejemplo, la famosa subdivisión cuatripartita de la antropología (antropología física, antropología social o cultural, arqueología y lingüística) fue (y en cierto grado todavía es) una “práctica” más que una “doctrina”.

Después se convirtió en una doctrina, enseñada y justificada por los doctores o maestros. Pero, ¿todo esto llevó a un nivel de análisis o método de análisis coherente y defendible, o sólo a un objeto de estudio segregado?

Sabemos de dónde surgieron estas divisiones del objeto de estudio. En términos intelectuales se derivan de la ideología liberal dominante en el siglo XIX que decía que el estado y el mercado, la política y la economía, eran ámbitos separados de manera analítica (y en gran medida autónomos), cada uno con sus reglas (con su "lógica") particulares. Se pidió a la sociedad que las mantuviera separadas, y los académicos las estudiaron por separado. Dado que parecía haber muchas realidades que en apariencia no se encontraban en el ámbito del mercado ni en el del estado, se las colocó en una miscelánea residual que como compensación adoptó el gran nombre de sociología. En cierto sentido se pensaba que la sociología daba cuenta de aquellos fenómenos en apariencia "irracionales" que la economía y las ciencias políticas no podían explicar. Por último, dado que había personas más allá del ámbito del mundo civilizado —un sitio remoto, con el cual era difícil comunicarse—, el estudio de dichos pueblos incluía reglas y capacitación especiales que adoptaron el nombre un tanto polémico de antropología.

Sabemos el origen histórico de los campos de actividad; sabemos su itinerario intelectual, complejo y matizado, en particular desde 1945; y sabemos por qué se han metido en problemas "límites". A medida que ha ido evolucionando el mundo real, se ha difuminado la línea de contacto entre "lo primitivo" y "lo civilizado", "lo político" y "lo económico". La invasión académica se volvió un lugar común. Los invasores continúan variando las fronteras, aunque sin romperlas.

La interrogante de hoy es si existen criterios que puedan utilizarse para determinar, de manera relativamente clara y defendible, los límites entre las supuestas cuatro disciplinas de antropología, economía, ciencias políticas y sociología. El análisis de los sistemas-mundo responde un "no" inequívoco a esta pregunta. Todos los presuntos criterios —nivel de análisis, objeto de estudio, métodos, supuestos teóricos— ya no son verdaderos en la práctica o, si se mantienen, son barreras para un conocimiento mayor en vez de un estímulo para su generación.

O, en otras palabras, las diferencias entre temas, métodos, teorías o teorizaciones permisibles *dentro* de cualquiera de las llamadas "dis-

ciplinas" son mucho mayores que las diferencias *entre* ellas. En la práctica esto significa que el traslape es considerable y, en términos de la evolución histórica de todos estos campos, que aumenta todo el tiempo. Ha llegado la hora de atravesar tal confusión intelectual diciendo que estas cuatro disciplinas son una sola, lo que no significa que todos los científicos sociales realicen trabajos idénticos. La especialización en "campos de investigación" no sólo es probable sino necesaria. Pero recordemos el principal ejemplo organizativo que tenemos: en algún momento de 1945-1955, dos "disciplinas" hasta la fecha separadas, la botánica y la zoología, se fusionaron en una sola denominada biología. Desde ese entonces, la biología ha sido una próspera disciplina que ha generado muchos subcampos, pero ninguno de ellos, hasta donde recuerdo, lleva el nombre o tiene el perfil de la botánica o la zoología.

El argumento en pro del análisis de los sistemas-mundo es directo. Las tres presuntas áreas de actividad humana colectiva —la económica, la política y la social o sociocultural— no son áreas autónomas de actividad social. No tienen "lógicas" separadas. Y lo más importante, es tal el entrelazamiento de limitaciones, opciones, decisiones, normas y "racionalidades" que ningún modelo de investigación útil puede aislar "factores" conforme a una categoría económica, política y social, y considerar un solo tipo de variable, indicando así de manera implícita que las demás son constantes. Afirmamos que existe un solo "conjunto de reglas" o un solo "conjunto de limitaciones" dentro del cual funcionan diversas estructuras.

El caso del traslape casi total de los supuestos ámbitos de la sociología y la antropología es incluso más fuerte. ¿Cómo podría decirse que *Tally's Corner* de Elliot Liebow y *La sociedad de las esquinas* de William F. Whyte —ambas obras "clásicas" de un "antropólogo" y un "sociólogo"— pertenecen a dos "disciplinas" diferentes? Como sabe el lector, no sería difícil hacer una larga lista de ejemplos como éste.

2. *La historia es el estudio, la explicación, de lo particular como en realidad sucedió en el pasado. Las ciencias sociales son la enunciación del conjunto de reglas universales que explican el comportamiento social de los seres humanos.*

Ésta es la famosa distinción entre el método de análisis idiográfico y el nomotético, que se consideran antitéticos. La versión "rígida" de esta antítesis argumenta que sólo uno de los métodos (que

varía según el punto de vista) es legítimo, interesante o incluso “posible”. Es de esta versión “rígida” de lo que trató la *Methodenstreit*. La versión “flexible” considera estos dos métodos como una manera de abrirse paso en la realidad social. Aunque se acometieran de manera separada, diferente y con fines disímiles (incluso contrarios), sería provechoso para el mundo académico combinar ambos métodos. Este punto de vista “flexible” es comparable a analizar los méritos del trabajo “interdisciplinario” en las ciencias sociales. Al afirmar los méritos de combinar ambos enfoques, se refuerza la legitimidad intelectual de considerarlos como dos métodos separados.

Los argumentos más vigorosos de las escuelas idiográfica y nomotética parecen convincentes. El argumento de la escuela idiográfica es la doctrina antigua de que “todo es cambio”, y si todo siempre está cambiando, entonces no se cumple ninguna generalización con miras a aplicarse a dos o más fenómenos factibles de compararse. Todo lo que puede hacerse es comprender de manera empática una secuencia de sucesos; y a la inversa, el argumento de la escuela nomotética es que resulta evidente que el mundo real (incluido el mundo social) no es una serie de sucesos al azar. De esta manera, deben existir reglas que describan las “regularidades”, en cuyo caso existe un campo para la actividad científica.

También son convincentes las críticas vigorosas de cada parte respecto a la otra. La crítica nomotética de la perspectiva idiográfica es que cualquier recuento de “sucesos pasados” es, por definición, una selección de la realidad (como realmente sucedió) y, por lo tanto, implica criterios de selección y categorías de descripción. Estos criterios y categorías se basan en generalizaciones no enunciadas, pero a pesar de todo reales; que se asemejan a las leyes científicas. La crítica de la perspectiva nomotética es que descuida los fenómenos transformacionales (debido en parte a la reflexividad de la realidad social) que hacen imposible “repetir” los arreglos estructurales.

Estas críticas mutuas pueden abordarse de varias maneras. Una consiste en “combinar” la historia y las ciencias sociales. Se dice que el historiador sirve al científico social al proporcionarle conjuntos más amplios y profundos de información a partir de la cual inferir sus generalizaciones a manera de leyes. Se dice que el científico social sirve al historiador al ofrecerle los resultados de investigaciones y generalizaciones demostradas en forma razonable que ofrecen cierta percepción de la explicación de una secuencia particular de sucesos.

El problema de esta clara división del quehacer intelectual es que supone la posibilidad de aislar “secuencias” sujetas a análisis “históricos” y pequeños “universos” sujetos a “análisis científicos sociales”. En la práctica sin embargo la secuencia de una persona es el universo de otra, y el observador neutral se encuentra en un dilema con respecto a cómo diferenciar ambas partiendo de una base lógica en contraposición, por ejemplo, a una estilística o presentacional.

Sin embargo, el problema va más allá de eso. ¿Hay una diferencia significativa entre secuencia y universo, entre historia y ciencia social? La sincronía es semejante a la dimensión geométrica. Se la puede describir en forma lógica, pero sólo puede esbozarse mal sobre papel. En geometría, un punto, una línea o un plano puede dibujarse sólo en tres (o cuatro) dimensiones. Lo mismo sucede en las “ciencias sociales”. La sincronía es un límite conceptual, no una categoría utilizable socialmente. Toda descripción tiene tiempo, y la única pregunta es en qué anchura adquiere relevancia inmediata una banda. De manera similar, una secuencia única sólo puede describirse en categorías que no sean únicas. Todo lenguaje conceptual supone comparaciones entre universos. Así como no podemos “dibujar” literalmente un punto, tampoco podemos “describir” literalmente un “suceso” único. El dibujo, la descripción, tiene un grosor o una generalización compleja.

Dado que se trata de un dilema lógico inextricable, la solución debe buscarse partiendo de una base heurística. El análisis de los sistemas-mundo ofrece el valor heurístico de la *via media* entre las generalizaciones transhistóricas y las narraciones particularistas. Este análisis argumenta que, a medida que nuestro formato tiende a cualquiera de ambos extremos, también tiende a una exposición de interés mínimo y utilidad mínima. Argumenta que el método óptimo consiste en buscar un análisis dentro de marcos sistémicos, con suficiente tiempo y espacio para contener las “lógicas” rectoras que “socavan” la mayor parte de la realidad secuencial, reconociendo y tomando en cuenta al mismo tiempo que estos marcos sistémicos tienen principio y fin y, por lo tanto, no se conciben como fenómenos “eternos”. Esto implica que a cada instante buscamos tanto el marco (los “ritmos cíclicos” del sistema), el cual describimos en forma conceptual, como los patrones de transformación interna (las “tendencias seculares” del sistema) que a la larga provocarán la defunción del sistema, patrones que describimos de manera secuencial. Esto significa que la tarea es singular. No hay historiador ni

científico social, sólo un científico social histórico que analiza las leyes generales de los sistemas particulares, y las secuencias particulares que han experimentado estos sistemas (este último tiempo verbal deliberadamente no es el denominado presente etnográfico). Por consiguiente, se nos enfrenta a la cuestión de determinar la "unidad de análisis" en la que debemos trabajar, lo que nos lleva a la tercera premisa.

3. Los seres humanos se organizan en entidades que podemos llamar sociedades, las cuales constituyen los marcos sociales fundamentales en los cuales se vive cada vida humana.

Ningún concepto es tan penetrante en las ciencias sociales modernas como el de sociedad, y ningún concepto se utiliza de manera tan automática e irreflexiva, a pesar de las innumerables páginas que se han dedicado a definirlo. Las definiciones usuales giran en torno a la pregunta: ¿qué es una sociedad?, mientras que los argumentos recién expresados sobre la unidad de las ciencias sociales históricas nos llevan a plantear una pregunta diferente: ¿cuándo y dónde es una sociedad?

Las "sociedades" son concretas; además "sociedad" es un término que haríamos bien en descartar debido a su historia conceptual y, por lo tanto, a sus casi inborrables y engañosas connotaciones. "Sociedad" es un término cuyo uso actual en la historia y las ciencias sociales es contemporáneo al surgimiento institucional de las ciencias sociales modernas en el siglo XIX. La sociedad es la mitad de un tándem antitético cuya otra mitad es el estado. La Revolución francesa fue un parteaguas cultural en la historia ideológica del sistema-mundo moderno en el sentido de que condujo a la aceptación generalizada de la idea de que el cambio social, más que la estasis social, es normal, tanto en el sentido normativo como estadístico de la palabra. De esta manera ello planteó el problema intelectual de cómo regular, acelerar, desacelerar o afectar este proceso normal de cambio y evolución.

El surgimiento de las ciencias sociales como una actividad social institucionalizada fue una de las respuestas sistémicas más importantes a este problema intelectual. Las ciencias sociales han llegado a representar la ideología racionalista de que si se comprende el proceso (de manera ideográfica o, más usual, nomotética) se puede influir en él de cierta manera moralmente positiva. (Incluso los "conservadores" dedicados a contener el cambio, en general concordarían con este enfoque.)

Nadie se libró (ni se libra) de las repercusiones políticas de dicha empresa. Por supuesto es por ello por lo que las ciencias sociales siguen siendo "controvertidas", pero también es por ello por lo que el concepto del siglo XIX de "sociedad" se contraponía al de "estado". Los múltiples estados soberanos que se habían constituido y que se estaban constituyendo fueron los focos obvios de la actividad política. Parecían el sitio de control social eficaz y, por lo tanto, el escenario donde podía afectarse y efectuarse el cambio social. El enfoque estándar del siglo XIX a la cuestión político-intelectual tenía que ver con la cuestión de cómo "reconciliar" la sociedad con el estado. En esta enunciación, el estado podía observarse y analizarse en forma directa. Funcionaba mediante instituciones formales por vía de leyes (constitucionales) conocidas. Se consideró que "sociedad" significaba el tejido de las costumbres que mantenía unido a un grupo de personas sin reglas formales, a pesar de reglas formales o contra reglas formales. En cierto sentido, la "sociedad" representaba algo más duradero y "profundo" que el estado, menos manipulable y ciertamente más escurridizo.

Desde entonces ha habido un gran debate sobre cómo se relacionan la sociedad y el estado, cuál está o debería estar subordinado al otro, y cuál personifica valores morales más elevados. En el proceso nos hemos acostumbrado a pensar que los límites de una sociedad y de un estado son sinónimos, y en caso contrario, debería hacerse que lo fueran (y a la larga se hace). Así, sin aseverar esto en forma teórica y explícita, los historiadores y los científicos sociales han llegado a considerar a los estados soberanos (proyectados hipotéticamente en retrospectiva) como entidades sociales elementales en las cuales se realiza la vida social. Los antropólogos en ocasiones se resistieron a este punto de vista, pero lo hicieron en nombre de una entidad político-cultural putativa más temprana cuya importancia seguía siendo fundamental —afirmaban muchos de ellos— para grandes segmentos de la población mundial.

Así, por la puerta trasera y sin analizarse, toda una historiografía y toda una teoría del mundo moderno se introdujeron a hurtadillas en el sustrato de la historia y las ciencias sociales. Vivimos en estados, y detrás de cada estado hay una sociedad. Los estados tienen historias y por lo tanto tradiciones. Sobre todo, dado que el cambio es normal, son los estados los que por lo general cambian o se desarrollan. Modifican su método de producción, urbanizan, tienen problemas sociales, prosperan o decaen. Tienen límites y, mientras que

dentro de ellos los factores son "internos", afuera son "externos". Son entidades "lógicamente independientes", de manera que, para fines estadísticos, pueden "compararse".

Esta imagen de la realidad social no fue una fantasía, por lo cual los teóricos idiográficos y nonotéticos pudieron seguir utilizando con bastante aplomo estas suposiciones sobre la sociedad y el estado, y hacer algunos descubrimientos convincentes. El único problema fue que, a medida que pasaba el tiempo, más y más "anomalías" parecían inexplicables dentro de este marco, y más y más lagunas (de zonas no investigadas de actividad humana) parecían surgir.

El análisis de los sistemas-mundo hace de la unidad de análisis tema de debate. ¿Dónde y cuándo existen las entidades en las cuales se ocurre la vida social? Sustituye el término "sistema histórico" al de "sociedad". Por supuesto que se trata de una mera sustitución semántica, pero nos libra de la connotación central que ha adquirido el término "sociedad", de su vínculo con el "estado" y, por lo tanto, de la presuposición sobre el "dónde" y el "cuándo". Por otra parte, "sistema histórico" es un término que acentúa la unidad de las ciencias sociales históricas. La entidad es a la vez sistémica e histórica.

La respuesta al interrogante de la unidad de análisis no es sencilla. He propuesto la hipótesis tentativa de que han existido tres formas o variedades conocidas de sistemas históricos, las cuales he denominado minisistemas, imperios-mundo y economías-mundo. También he sugerido que no es imponderable que podamos identificar otras formas o variedades.

Asimismo he argumentado dos cosas sobre las variedades de sistemas históricos: una tiene que ver con el vínculo entre "lógica" y forma; la otra se relaciona con la historia de la coexistencia de formas. En términos de forma, he considerado que los límites definitorios de un sistema histórico son aquellos en los cuales el sistema y las personas dentro de él se reproducen con regularidad por medio de algún tipo de división en curso del trabajo. Argumento que, desde el punto de vista empírico, han existido tres de dichos métodos. Los "minisistemas", llamados así porque su espacio es pequeño y tal vez de tiempo breve (una duración máxima de vida de unas seis generaciones), son muy homogéneos en términos de estructuras culturales y gubernamentales. La lógica elemental es de "reciprocidad" de intercambios. Los "imperios-mundo" son estructuras políticas extensas (al menos en la cúspide del proceso de expansión y con-

tracción que parece ser su destino) y abarcan una gran variedad de patrones "culturales". La lógica elemental de este sistema es la obtención de tributos de productores directos (en esencia rurales) que de otra manera se autoadministrarían localmente. Dichos tributos se envían al centro y de ahí se redistribuyen a una delgada pero crucial red de funcionarios. Las "economías-mundo" son cadenas extensas y desiguales de estructuras de producción integradas que se encuentran divididas en múltiples estructuras políticas. La lógica elemental es que el plusvalor acumulado no se distribuye equitativamente en favor de quienes pueden alcanzar varios tipos de monopolios temporales en las redes de mercado. Ésta es una lógica "capitalista".

La historia de la coexistencia de formas puede interpretarse de la siguiente manera. En la era preagrícola había múltiples minisistemas cuya muerte constante podría haber dependido en gran medida de percances ecológicos y de la división de grupos que habían crecido demasiado. Lo que sabemos sobre ese periodo es muy limitado. No existen documentos escritos y por lo tanto estamos limitados a reconstrucciones arqueológicas. Durante el periodo de 8000 a.C. a 1500 d.C., en cierto momento coexistieron en la tierra múltiples sistemas históricos de las tres variedades. El imperio-mundo era una forma "vigorosa" en esa época, dado que a dondequiera que se extendiera, destruía o absorbía tanto minisistemas como economías-mundo, y cada vez que se contraía abría espacio para que volvieran a crearse minisistemas y economías-mundo. Gran parte de lo que denominamos la "historia" de ese periodo es la historia de dichos imperios-mundo; esto es comprensible dado que de ellos surgieron los escribas culturales que registraron lo que estaba sucediendo. Las economías-mundo fueron una forma "débil"; las individuales nunca sobrevivieron mucho tiempo. Esto se debe a que se desintegraban o eran absorbidas por un imperio-mundo o se transformaban en uno (mediante la expansión interna de una sola unidad política).

Alrededor del año 1500, una de estas economías-mundo se las arregló para no sufrir ese destino. Por razones que es necesario explicar, el "sistema-mundo moderno" nació de la consolidación de una economía-mundo, por lo que tuvo tiempo para alcanzar su pleno desarrollo como sistema capitalista. Debido a su lógica interna, esta economía-mundo capitalista más tarde se extendió hasta abarcar todo el globo, y en este proceso absorbió a todos los minisistemas e imperios-mundo existentes. Así, hacia finales del siglo

XIX, por primera vez en la historia existía sólo un sistema histórico en el orbe. Esa situación todavía prevalece en la actualidad.

Éstas son mis hipótesis sobre las formas y la historia de la coexistencia de los sistemas históricos, lo cual no constituye un análisis de los sistemas-mundo. Simplemente son una serie de hipótesis dentro del análisis de los sistemas-mundo, abiertas a debate, a ser refinadas o a ser rechazadas. La cuestión crucial es que definir y explicar las unidades de análisis —los sistemas históricos— se vuelva un objeto central de la empresa científica.

En los comentarios que acabo de hacer está oculto otro debate sobre el mundo moderno y sus características definitorias. Un debate donde las dos versiones preponderantes del pensamiento del siglo XIX —liberalismo clásico y marxismo clásico— comparten ciertas premisas cruciales sobre la naturaleza del capitalismo.

4. El capitalismo es un sistema basado en la competencia entre libres productores que utilizan el libre trabajo en la producción de libre mercancía, y "libre" significa que está disponible para su compraventa en un mercado.

Las limitaciones a dichas libertades, dondequiera que existan, son los restos de un proceso evolutivo incompleto y significan, en la medida que existen, que una zona o una empresa es "menos capitalista" que si no hubiera tales limitaciones. Éste es en esencia el punto de vista de Adam Smith, quien consideraba al sistema capitalista como el único sistema acorde a la "naturaleza humana" y opinaba que los sistemas alternativos eran la imposición de limitaciones anti-naturales e inconvenientes a la existencia social. Pero en esencia ésta también era la opinión de Karl Marx. Al caracterizar al sistema, Marx subrayó de manera particular la importancia de la libertad de trabajo. No consideraba el sistema capitalista como eternamente natural ni tampoco pensaba que fuera conveniente, pero sí lo consideraba una etapa normal del desarrollo histórico de la humanidad.

La mayoría de los liberales y marxistas de los últimos 150 años han considerado esta imagen de "capitalismo competitivo" como una descripción precisa de la norma capitalista y, por lo tanto, han analizado todas las situaciones históricas que implicaron la no libertad de trabajo/producción/mercancías como desviaciones de esta norma y, por consiguiente, como un fenómeno que debía explicarse. La norma ha reflejado en gran medida una imagen idealizada de lo que se pensaba era el modelo más puro de esa norma: Inglaterra

después de la “revolución industrial”, donde trabajadores proletarios (casi todos trabajadores urbanos sin tierra y sin herramientas) trabajaban en fábricas que eran propiedad de empresarios burgueses (casi todos propietarios privados del capital de dichas fábricas). El dueño compraba la potencia de trabajo (pagaba un salario) a los trabajadores —en esencia varones adultos— que no tenían otra alternativa, en términos de supervivencia, más que buscar un trabajo asalariado. Nadie ha pretendido que todas las situaciones laborales siguieran este modelo, pero tanto liberales como marxistas han tendido a considerar cualquier situación que difería de este modelo como menos capitalista en la medida de su diferencia.

Si cada situación laboral podía clasificarse en una escala de grado de capitalismo, entonces puede decirse que cada estado, como sitio de dichas situaciones laborales, también entraba en algún punto de esa escala. La estructura económica de un estado entonces puede verse como “más” o “menos” capitalista, y la propia estructura del estado puede considerarse como congruente con el grado de capitalismo de la economía o incongruente con él, en cuyo caso podría esperarse que de alguna manera cambiara con el tiempo y tomara el rumbo de una mayor congruencia.

¿Qué se hace con situaciones laborales que son menos de 100% capitalistas conforme a esta definición? Pueden considerarse como un reflejo de una situación que aún no es capitalista, en un estado donde las estructuras capitalistas a la larga se volverán dominantes. O pueden verse como continuidades anómalas del pasado en un estado donde las estructuras capitalistas son dominantes.

Nunca ha podido esclarecerse cómo determinar el “predominio” de una manera particular de estructurar las unidades laborales en una entidad espacial (el estado). En un famoso fallo de la Suprema Corte de Justicia estadounidense, el juez William Brennan escribió acerca de la definición de pornografía: “La reconozco cuando la veo.” En cierto sentido tanto liberales como marxistas han definido el predominio del capitalismo de manera similar: lo reconocieron cuando lo vieron. Obviamente en este enfoque se encuentra un criterio cuantitativo implícito, pero en la medida que hay tal conteo de cabezas, resulta crucial saber cuáles cabezas se están contando. Y sobre eso hay mucho que contar.

El trabajo productivo se diferenció del improductivo. Si bien las definiciones exactas de los fisiócratas, de Saint-Simón y de Marx eran bastante diferentes, todos querían definir ciertos tipos de “acti-

vidad económica” como no laborales, es decir, como improductivas. Esto ha creado una laguna enorme y muy útil en la definición de capitalismo. Si dentro de los diversos tipos de actividad eliminados por no ser productivos entra un gran número que no cumple con el modelo de una situación laboral capitalista —el ejemplo más obvio, aunque no el único, es el trabajo doméstico— entonces se vuelve mucho más fácil argumentar que la “mayoría” de las situaciones laborales en algunos países es de los tipos descritos en el modelo, y así en verdad tenemos algunos países “capitalistas” en términos de la definición. Toda esta manipulación no sería necesaria si la norma “deducida” fuera en realidad la norma estadística. Pero no fue así, y no es así. La situación de los libres trabajadores que laboran por un salario en las empresas de los libres productores es una situación minoritaria en el mundo moderno. Esto es cierto si nuestra unidad de análisis es la economía-mundo y tal vez, o en gran medida, es cierto incluso si llevamos a cabo el análisis dentro del marco de estados individuales altamente industrializados en el siglo xx.

Cuando una “norma” deducida no resulta ser la norma estadística, es decir, cuando en la situación abundan las excepciones (anomalías, residuos), entonces debemos preguntarnos si la definición de la norma tiene una función útil. El análisis de los sistemas-mundo afirma que la economía-mundo capitalista es un sistema histórico particular. Por lo que si deseamos averiguar las normas, es decir, la manera de funcionar de este sistema concreto, lo mejor es ver su evolución histórica. Si descubrimos —como sucede— que el sistema parece contener amplias zonas de trabajo asalariado y no asalariado, amplias zonas de productos mercantilizados y no mercantilizados, y amplias zonas de propiedad y capital enajenable y no enajenable, entonces por lo menos deberíamos preguntarnos si esta “combinación” o mezcla de lo que se ha denominado libre y no libre no es en sí misma la característica definitoria del capitalismo como sistema histórico.

Una vez que se abre la interrogación, no hay respuestas sencillas. Descubrimos que las proporciones de las mezclas son espacial y temporalmente desiguales. Entonces podríamos buscar estructuras que mantienen la estabilidad de cualquier mezcla de mezclas particular (nuevamente las tendencias cíclicas) así como las presiones subyacentes que podrían transformar con el tiempo la mezcla de mezclas (las tendencias seculares). Las anomalías ahora no se vuelven excepciones que deban justificarse sino patrones que deben analizarse, con

lo cual se invierte la psicología del esfuerzo científico. Debemos concluir que la definición de capitalismo que dominó el pensamiento de liberales y marxistas del siglo XIX explica el discernimiento historiográfico central que se nos ha legado.

5. El final del siglo XVIII y el comienzo del XIX representan un cambio crucial en la historia del mundo, en el sentido de que los capitalistas al fin alcanzaron el poder estatal-social en los estados clave.

Los dos grandes “acontecimientos” que ocurrieron en este periodo —la revolución industrial en Inglaterra y la Revolución francesa— fueron cruciales para el desarrollo de la teoría científica social. Una revisión bibliográfica sencilla confirmará que una proporción bastante grande de la historia mundial se ha dedicado a estos dos “acontecimientos”. Asimismo, una proporción aún mayor se ha dedicado a analizar otras “situaciones” en términos de cómo se comparan con estos dos “acontecimientos”.

No es difícil dilucidar el vínculo entre la posición céntrica que en la historia se atribuye a estos dos “acontecimientos” y la definición preponderante de capitalismo. Ya hemos señalado que el concepto de grados de capitalismo por fuerza lleva a un ejercicio implícito de cuantificación, para que podamos averiguar cuándo se vuelve “preponderante” el capitalismo. Esta teoría supuso que es posible una desigualdad entre la “preponderancia” económica y el poder estatal-social, y que puede superarse.

La revolución industrial y la Revolución francesa son interesantes debido a que se supone que representan la superación de una desigualdad. La Revolución francesa acentúa el ámbito político. De acuerdo con la “interpretación social” —por mucho tiempo predominante, pero ahora puesta en tela de juicio—, la Revolución francesa fue el momento cuando la burguesía expulsó a la aristocracia social del poder estatal y así transformó el antiguo régimen precapitalista en un estado capitalista. La revolución industrial destaca los frutos de dicha transformación. Una vez que los capitalistas obtienen el poder estatal (o en términos smithianos, una vez que reducen la interferencia del estado) entonces es posible aumentar en forma notable las posibilidades de triunfo de un sistema capitalista.

Dados estos supuestos, podemos considerar ambos fenómenos como “acontecimientos” y concentrarnos en los detalles de qué sucedió y por qué sucedió de esa manera particular. Los libros sobre la revolución industrial por lo general debaten qué factor (o facto-

res) fue más importante para que sucediera, cuál fue su fecha exacta y cuáles de las diversas características que engloba el término fueron las que más consecuencias tuvieron para las futuras transformaciones. Los libros sobre la Revolución francesa por lo general debaten cuándo comenzó y terminó, cuál factor o factores la desencadenaron, qué grupos participaron en los procesos clave, cómo y cuándo hubo modificaciones en el reparto de actores y cuál fue el legado de la revolución.

Por supuesto un escrutinio tan preciso y, en última instancia, idiográfico de estos “acontecimientos” inevitablemente genera escepticismo. Cada vez hay más voces que expresan dudas sobre hasta qué grado fueron revolucionarias las revoluciones. No obstante, casi todos estos análisis (tanto de adeptos como de escépticos) suponen el marco analítico de referencia que, en primer lugar, condujo a la singularización de estos dos “acontecimientos”: el supuesto de que el capitalismo (o su sustituto, la libertad individual) en cierto sentido tenía que “triunfar” en un momento dado dentro de los estados particulares.

Además, a menos que se piense que la historia sólo es importante para los historiadores, debemos darnos cuenta de cómo ésta fue clave de inmediato para los ejercicios analíticos de los científicos sociales. La idea de *la* “revolución industrial” se ha transformado en el proceso de *una* “revolución industrial” o “industrialización”, y generó todo un conjunto de subcategorías y, por lo tanto, de subcuestiones: la idea de un “despegue”, el concepto de sociedad “preindustrial” y “postindustrial”, etcétera. La idea de la “revolución burguesa” se ha convertido en el análisis de cuándo y cómo podría ocurrir u ocurriría una “revolución burguesa” (o las clases medias en el poder). No sugiero que estos debates no traten sobre el mundo real. Es evidente que el Brasil del siglo xx puede comentarse en términos de una industrialización, del papel de la burguesía nacional o de la relación de las clases medias con el ejército; pero una vez más se hacen suposiciones que primero deben analizarse.

El análisis de los sistemas-mundo exige la evaluación de la posición central de estos “acontecimientos” que se supone que son clave en términos de la larga duración del sistema histórico en el cual han ocurrido. Si la unidad de análisis del sistema-mundo moderno es la economía-mundo capitalista, entonces necesitaremos preguntar si las distinciones categóricas recibidas —agricultura e industria, terrateniente e industrial— representan o no un tema central en torno al

cual giró el desarrollo histórico. Sólo podemos ubicarnos en una fase postindustrial si hubo una fase industrial. Sólo puede haber disyuntivas entre quienes ostentan el poder estatal y quienes tienen el poder económico si se trata de dos grupos analíticamente separables. Estas categorías se encuentran ahora tan arraigadas en nuestro subconsciente que casi no hablamos del mundo sin utilizarlas. El análisis de los sistemas-mundo argumenta que las categorías que dan forma a nuestra historia se formaron históricamente (y en su mayoría hace más o menos un siglo). Es el momento de que vuelvan a ser reabiertas para analizarlas.

Por supuesto que la metafísica dominante del mundo moderno dio forma a esta historia prevaleciente. El triunfo de esta metafísica moderna requirió una larga lucha, pero triunfó en la Ilustración, lo cual nos lleva a la sexta premisa.

6. *La historia de los seres humanos es, inevitablemente, progresiva.*

Es evidente que la idea del progreso ha tenido sus detractores, pero durante dos siglos han constituido una minoría diferenciada. No incluyo en esta minoría a todos los que han criticado la idea *naive* de progreso y han concentrado sus esfuerzos en explicar lo que se ha llamado irracional. Estas personas están volviendo racional lo irracional. Tampoco incluyo al número creciente de creyentes desengañados que acogen una especie de desesperanza sobre el progreso. Más bien son como católicos caídos en una novela de Graham Greene, siempre buscando la fe que alguna vez tuvieron.

Los verdaderos conservadores, quienes no creen que el cambio o la mejoría sistemáticos en el mundo sea una actividad colectiva conveniente o fructífera, en realidad son bastante raros en el mundo moderno. Pero obsérvese de nuevo cómo los supuestos predominantes han restringido a los escépticos y a los opositores. La única respuesta a la idea de que el progreso es inevitable ha sido la desesperanza porque la teoría es incorrecta o porque es correcta.

El análisis de los sistemas-mundo quiere sacar a la idea de progreso de su condición de trayectoria y darla a conocer como una variable analítica. Puede haber mejores y peores sistemas históricos (y podemos debatir el criterio para juzgarlos). No es del todo seguro que haya existido una tendencia lineal, sea ascendente, descendente o recta. Tal vez la línea de la tendencia es desigual o tal vez indeterminada, y si se admitiera esta posibilidad, se abriría un nuevo escenario de análisis intelectual. Si el mundo ha tenido múltiples

casos y tipos de sistemas históricos, y si todos los sistemas históricos tienen principio y fin, entonces querremos saber algo acerca del proceso mediante el cual se da la sucesión (en tiempo-espacio) de sistemas históricos.

Esto por lo general se ha tratado como el problema de las "transiciones", pero las transiciones se han analizado dentro del marco de las transformaciones lineales. Detallamos el proceso de transformación hacia cierto punto final inevitable que suponemos es o ha sido la única alternativa histórica real. Pero suponer la construcción de sistemas históricos nuevos es un proceso al azar. Entonces tenemos un terreno totalmente nuevo de actividad intelectual ante nosotros.

El debate del "libre albedrío" frente al "determinismo" es antiguo, pero siempre se ha buscado como una propuesta de lo uno o lo otro. La reapertura de la cuestión de las transiciones —las transiciones como en realidad ocurren, las transiciones en avance hacia resultados inciertos— sugiere una enunciación diferente de este debate. Tal vez lo que llamamos "determinismo" es en gran medida el proceso interno de los sistemas históricos donde la "lógica" del sistema se traduce en una serie de estructuras institucionales con movimiento y fortalecimiento propios que "determinan" la trayectoria de largo plazo. Pero tal vez lo que llamamos "libre albedrío" ocurre en esencia en el proceso de "transición" cuando, justo por el derrumbe de esas mismas estructuras, las elecciones históricas reales son varias y difíciles de predecir.

Esto a su vez dirigiría nuestra atención colectiva al estudio de cómo funcionan estos procesos aleatorios. Tal vez resultarían no serlo, sino tener una clave interna oculta, o tal vez la clave interna sea algún proceso que vuelve aleatorios estos procesos (es decir, que en realidad no están sujetos a la manipulación humana). O, tal vez menos aceptable para los habitantes actuales del orbe, dios juega a los dados. No lo sabremos a menos que miremos. Por supuesto, tal vez ni siquiera entonces lo sepamos. Pero, ¿cómo veríamos? Esto nos lleva a nuestra última y más profunda suposición de esta serie que se relaciona con la naturaleza de la ciencia.

7. La ciencia es la búsqueda de reglas que resumen de manera sucinta por qué todo es como es y cómo suceden las cosas.

La ciencia moderna no es hija del siglo XIX, se remonta por lo menos al siglo XVI e incluso tal vez al XIII. Se ha apoyado en forma

vigorosa al lado determinista de la ecuación, al lado de la linealidad y a la concisión. Los científicos han puesto cada vez más y más ámbitos del universo bajo sus auspicios, y el mundo del hombre sin duda ha sido el último de dichos ámbitos. Las ciencias sociales nomotéticas se afirmaron en nombre de esta tradición.

La metodología que adoptaron las ciencias sociales nomotéticas imitó los principios básicos de las ciencias sociales, su predecesora socialmente exitosa: investigación empírica sistemática y precisa y, después, inducción que lleve a teorías. Cuanto más elegante la teoría, más avanzada la ciencia, y después de esto seguirían las aplicaciones prácticas. Las ciencias sociales nomotéticas han sido perseguidas por sus insuficiencias —en comparación con la física— pero mantenidas por su seguridad en que la ciencia era acumulativa y no lineal.

En nuestras dudas sobre los supuestos anteriores ha estado implícita —y ahora debería ser evidente— otra perspectiva de la ciencia. Si rechazamos la utilidad de la distinción nomotética-idiográfica, entonces estamos poniendo en duda la utilidad de la perspectiva newtoniana de la ciencia. No hacemos esto, como en el caso de los idiógrafos, partiendo de la peculiaridad de la investigación social (los seres humanos como actores reflexivos). Dudamos también de su utilidad para las ciencias naturales (en los últimos dos decenios ha surgido incluso un impulso hacia las ciencias naturales no lineales, donde los procesos fortuitos son clave).

De manera específica y en términos de lo que hemos estado denominado ciencias sociales históricas, surge el interrogante de si el método de ir de lo concreto a lo abstracto, de lo particular a lo universal, no debería invertirse. Tal vez las ciencias sociales históricas debieran *comenzar* con lo abstracto y avanzar hacia lo concreto, para luego concluir con una interpretación de los procesos de los sistemas históricos particulares que explicara en forma convincente cómo éstos siguieron un camino histórico concreto en particular. Lo definitivo no es lo sencillo sino lo complejo, incluso lo hipercomplejo, y por supuesto ninguna situación concreta es más compleja que los largos momentos de transición cuando las limitaciones más sencillas se vienen abajo.

La historia y las ciencias sociales adoptaron su actual forma dominante en el momento del triunfo indisputable de la lógica de nuestro sistema histórico actual. Son hijas de esa lógica. Sin embargo, ahora vivimos el largo momento de transición cuando las contra-

diciones de ese sistema han hecho imposible continuar ajustando su maquinaria. Vivimos en un periodo de verdadera elección histórica, el cual no puede comprenderse si partimos de los supuestos de ese sistema.

El análisis de los sistemas-mundo es un llamado a construir una ciencia social histórica a la que no incoyoden las incertidumbres de la transición, que contribuya a la transformación del mundo al iluminar las opciones sin recurrir a la muleta de creer en el triunfo inevitable del bien. El análisis de los sistemas-mundo es un llamado a abrir las persianas que nos impiden explorar muchos terrenos del mundo real. Dicho análisis no es un paradigma de las ciencias sociales históricas, es un llamado a un debate sobre el paradigma.

19. ¿TEORÍA DE HISTORIA ECONÓMICA EN LUGAR DE UNA TEORÍA ECONÓMICA?

La historia económica es un obra de moralidad sobre un enorme lienzo. Ahí lucharon nada menos que el bien y el mal a lo largo de las épocas. El bien, aunque a menudo fue noqueado, regresó por más.

E. L. JONES

Growth Recurring

Es bien sabido que los historiadores económicos a veces se ubican de manera organizativa en los departamentos de economía y, otras tantas, en los departamentos de historia. También se sabe que algunos (hoy tal vez muchos) departamentos de economía no desean dar cabida a los historiadores económicos y que algunos departamentos de historia piensan de la misma manera (aunque esta opinión es menos frecuente que el caso de los departamentos de economía). De vez en cuando "historia económica" es el nombre de un departamento de alguna universidad autónoma. Por último, hay quienes trabajan en lo que la mayoría de la gente considera como historia económica y se encuentran en departamentos que incluso tienen otros nombres (antropología, geografía, sociología). Este último grupo es pequeño, pero tal vez está creciendo en número.

Todo lo anterior refleja el estado ligeramente anómalo de la historia económica dentro del sistema universitario actual. Es como si la historia económica fuera un hijastra no deseada, una Cenicienta en harapos. Mi impresión es que muchos historiadores económicos responden con cierta timidez acerca de su tema, y buscan justificar sus méritos ante ancianos algo indecisos. Los historiadores económicos se preocupan, en particular como grupo, por obtener el reconocimiento de los economistas. Los economistas parecen personas serias y responsables y, por supuesto, ésta es la imagen que tienen de sí mismos.

→ Los economistas tendieron, en forma específica en el periodo posterior a 1945, a menospreciar la historia económica por ser en-

pírica, descriptiva, atórica e intrascendente. Los historiadores económicos respondieron de dos maneras importantes a dicho desprecio apenas disimulado. La respuesta nomotética fue la autoflagelación: los economistas tienen la razón. Gran parte del trabajo de los historiadores económicos ha sido atórico. Debemos enmendar nuestra senda, participar en la creación de modelos rigurosos y en la comprobación de hipótesis (de preferencia mediante el uso de la econometría), y mostrar que también podemos contribuir al avance de la ciencia económica ortodoxa. La respuesta idiográfica consistió en señalar la riqueza de detalles y la complejidad de la explicación que puede ofrecer un enfoque más narrativo, cuánto falta en los modelos econométricos, cuán necesario es el análisis de la textura, e insistir en que un énfasis narrativo representa una empresa digna.

Tengo la impresión de que la corriente dominante de economistas no prestó ni siquiera una mínima atención a estas respuestas. No sólo se ignoró ampliamente a los historiadores económicos "antiguos" sino también a los historiadores económicos "nuevos". La armadura protectora de los miembros que componen lo que es un gremio intelectualmente cerrado no se ha abollado de manera significativa. Los economistas todavía actúan como si la historia económica fuera, en el mejor de los casos, una locura excéntrica y, en el peor de los casos, una desviación grave del uso inteligente de los escasos recursos académicos. La mayoría de ellos desea despojar al mundo de la historia económica. En una evaluación reciente de las "necesidades de información" de los científicos sociales estadounidenses, se señaló acerca de los economistas que "la mayoría necesita información de una época reciente, no anterior a diez años, y otros necesitan información casi de último momento" (C. C. Gould y M. Handler, *Information Needs in the Social Sciences: An Assessment*, 1989, p. 7).

Desde luego, ¡el emperador no trae ropa! ¿Qué podemos descubrir de importancia si sólo contamos con información de los últimos diez años de existencia humana? ¡Muy poco! En lugar de defendernos contra el despojo académico de los economistas, los historiadores económicos deben reclamar su derecho a reemplazar a los economistas por completo. ¡Fuera la economía! ¡Fuera la cláusula *ceteris paribus*! La historia *es* teoría; o más bien, la única teoría económica que puede ser válida es la teoría de la historia económica.

Comencemos con las dos premisas obvias que plantean los dilemas metodológicos centrales de toda ciencia. En la medida que ana-

licemos el mundo real, estamos obligados a abstraer esa realidad mediante el uso del lenguaje conceptual. Por definición un concepto es una afirmación. Si utilizamos el concepto de “campesino” o “condiciones de comercio” o “inflación” estamos afirmando que existe un conjunto de *differentia specifica* que se puede resumir por el término y, por lo tanto, permanecer en una relación interna estable. Si cada vez que utilizamos el concepto le damos una definición diferente, no habrá ninguna comunicación.

Sin embargo también sabemos que todo cambia. Un concepto siempre es relativo, lo cual implica que no tiene ningún significado a menos que se analice dentro de su contexto integral, y el contexto integral es, por supuesto, una confusión eterna y veloz. En una época en que hasta los físicos (re)descubrieron la posición central de la “flecha del tiempo” para el análisis de los fenómenos físicos (e incluso de fenómenos que se supone que no cambian, como los átomos), no corresponde a los científicos sociales rechazar esta realidad. Si algunos economistas persisten en comportarse como aves-truces, basta con que se descarten por su postura anticientífica y por sus cuentos increíbles del país de las hadas.

El problema metodológico grave es que resulta muy difícil, tal vez imposible, afirmar de manera simultánea la continuidad de las estructuras y la permanencia del cambio estructural, pero no tenemos otra opción. Por consiguiente, no podremos llegar muy lejos en nuestro esfuerzo colectivo si no hacemos de este dilema nuestra problemática central y si no tratamos de concebir prácticas que minimicen el daño y maximicen la validez heurística de nuestros descubrimientos y, en consecuencia, de nuestra teorización. Por ello me gustaría esbozar seis prácticas que me parece son la base metodológica para elaborar una teoría de historia económica.

ESPECIFICAR Y JUSTIFICAR LA UNIDAD DE ANÁLISIS

En la mayoría de los escritos actuales, la unidad de análisis se encuentra por lo general sólo implícita; no se especifica y casi nunca se justifica. Por eso se convierte en un supuesto *a priori* muy cuestionable. Toda actividad humana ocurre dentro de un todo contextual que prefiero denominar “sistema histórico”, para dar énfasis a la doble realidad de los todos contextuales: son sistémicos (es decir,

tienen estructuras continuas en una relación que se pueden analizar las unas con respecto a las otras) e históricos (es decir, tienen vidas naturales, comienzos y finales).

En este punto no recurriré a criterios particulares a través de los cuales definir una unidad de análisis apropiada, aunque sí tengo firmes opiniones al respecto. Pero estos criterios son materia de debate legítimo y sin duda resulta saludable desde el punto de vista intelectual que se sometan a continuo debate. La petición que hago mas bien es que estas premisas se hagan en forma explícita y se defiendan abiertamente.

Una vez identificada la unidad de análisis, ésta debe tener líneas divisorias por definición. En la medida en que el debate endógeno-exógeno sobre los factores causales tiene cierta importancia, ésta sólo prevalece frente a los límites del sistema histórico en general y no los del objeto particular de investigación de un estudio específico. El famoso debate Dobh-Sweezy sobre la transición del feudalismo al capitalismo está muy viciado debido a que no se ha prestado atención a la unidad de análisis y, en consecuencia, a sus límites, y por este motivo sus posturas al respecto son internamente incongruentes.

Además es obvio que una vez que pensamos en los límites de un sistema histórico, éstos pueden cambiar —y por lo general cambian— con el paso del tiempo, por lo que el denominador de cualquier medida que uno realiza necesariamente debe variar de acuerdo con las cifras pertinentes a un grupo dado de límites en un momento histórico determinado. Por supuesto es más fácil decirlo que hacerlo, pero es esencial si deseamos sacar conclusiones que tengan un valor mínimo.

DISTINGUIR ENTRE CICLOS Y TENDENCIAS

Esto parece obvio, pero casi nunca se hace de manera explícita. Por supuesto se debe comenzar con una conciencia braudeliana sobre la multiplicidad de tiempos sociales. Si el tiempo es simplemente cronometría más cronología, entonces todos los fenómenos son lineales. Pero si en efecto organizáramos el mundo de acuerdo con múltiples tiempos sociales, entonces sería posible distinguir patrones más complejos.

De nuevo regresamos a nuestro dilema fundamental: cómo relacionar conceptos inmutables con una realidad que es eternamente cambiante. En cuanto al tiempo social, éste es la distinción entre los ritmos cíclicos (o coyunturas) y las tendencias seculares (fenómenos causados por las estructuras, los cuales garantizan que éstas no puedan ser inmóviles en el largo plazo).

Los historiadores económicos tienden a ser más sensibles que la mayoría de quienes estudian el fenómeno de la coyuntura. Por supuesto a menudo se quejan de la datación empírica de todas y cada una de las coyunturas específicas. Algunas veces también analizan las fuentes de cambio cíclico de manera demasiado local y pierden los patrones del todo más amplio (lo cual nos lleva al asunto de la unidad de análisis), pero por lo menos tienden a reconocer la realidad de la coyuntura y su poder como herramienta analítica.

La tendencia secular es la que más a menudo falta en el análisis. No es que las tendencias seculares no se discutan a grandes pinceladas; para muestra están temas tan trillados en el mundo moderno como son el surgimiento de las clases medias, la urbanización, el crecimiento de la población, etcétera. Sin embargo, las grandes pinceladas no son tan necesarias como algunas explicaciones coherentes acerca de la forma precisa de las curvas; y por supuesto lo que también necesitamos es el dibujo de esas curvas dentro de los límites adecuados, los de la unidad de análisis y los de la subunidad objeto de inspección directa, para así entender la importancia de las curvas de esta última.

Además —y éste es el elemento crucial— es necesario analizar la relación específica entre un grupo de ritmos cíclicos y las tendencias seculares correspondientes. Los ritmos cíclicos son de hecho la única fuente posible de las tendencias seculares, lo que se debe a que una fase B nunca es el reflejo de una fase A y, en consecuencia, la coyuntura nunca nos lleva al punto de partida. Ésta es la explicación de cómo los fenómenos pueden ser repetitivos y cambiantes al mismo tiempo. No obstante, esto no es una simple devoción. Debemos desear saber qué hay exactamente en el desarrollo de los ritmos cíclicos que vuelve inevitable la existencia de tendencias seculares. Por lo tanto llegamos al asunto de las contradicciones.

IDENTIFICAR Y ESPECIFICAR LAS CONTRADICCIONES INHERENTES A LAS ESTRUCTURAS ESPECÍFICAS DE UN TIPO PARTICULAR DE SISTEMA HISTÓRICO

Por supuesto las contradicciones *no* son meros conflictos. Es evidente que los conflictos son endémicos en todos los sistemas históricos y se les debe describir como parte de cualquier análisis que se considere válido. Pero las contradicciones son un fenómeno aparte, pues son el resultado de restricciones impuestas por las estructuras sistémicas que hacen que un tipo de comportamiento sea óptimo para los actores a corto plazo y un tipo de comportamiento diferente, e incluso opuesto, sea óptimo para los mismos actores a mediano plazo. Entonces es obvio que en principio las contradicciones son irresolubles. O más bien, en la medida en que los actores resuelven los problemas a corto plazo, generan problemas a mediano plazo. Es así como transforman los ritmos cíclicos (el resultado de las soluciones a los problemas de corto plazo) en tendencias seculares (la consecuencia de dichas soluciones a mediano plazo).

Por esta razón siempre debemos evitar el llamado presente antropológico en nuestros escritos. De hecho los historiadores económicos tienden a ser bastante buenos en el uso del pretérito en su trabajo empírico, pero a veces pasan al tiempo presente cuando teorizan sobre la historia económica. Pero si la existencia de contradicciones es una premisa epistemológica, no puede haber tiempo presente en la teorización. Las teorías son abstracciones de realidades empíricas dadas y deben incorporar la “flecha del tiempo” en sus formulaciones.

DISTINGUIR CUIDADOSAMENTE ENTRE UN GIRO EN LA COYUNTURA Y UNA TRANSICIÓN HISTÓRICA

La palabra “crisis” es una némesis ya que se utiliza de manera indiscriminada para describir ambos fenómenos. Si existen ritmos cíclicos, debe haber puntos culminantes seguidos de depresiones. Esto por supuesto no es una “crisis” estructural, a pesar de que los actores particulares tal vez la consideren como tal, es más bien un giro normal en la dirección vectorial y en el ajuste de mediano plazo a los dilemas de corto plazo.

Las transiciones son un asunto muy diferente. Cuando la optimización de corto plazo provoca problemas de mediano plazo que se resuelven a través de ajustes de mediano plazo, el sistema histórico funciona de manera normal. Sin embargo, los ajustes a mediano plazo añaden más tiempo a las tendencias seculares que crean problemas a largo plazo. El problema clave del largo plazo causado por las contradicciones de un sistema ocurre cuando la tendencia secular llega a un punto tal que los ajustes a mediano plazo para resolver los problemas a corto plazo ya no son eficaces ni siquiera a mediano plazo. En este punto nos encontramos en lo que podríamos llamar una crisis sistémica donde, en la jerga de las ciencias físicas modernas, ocurren oscilaciones severas y una bifurcación que es transformativa. Esto es, debe haber una transición *estructural* del sistema histórico existente a otra cosa. Por supuesto, éste es un proceso razonablemente largo pero irreversible; cuyo resultado es incierto (o estocástico).

Es un gran error metodológico analizar dichas transiciones como simples momentos en un proceso histórico continuo, pues no lo son. Son momentos de una elección histórica muy importante que nos lleva a la cuestión de la cronosofía.

ESPECIFICAR Y JUSTIFICAR LA CRONOSOFÍA QUE FUNDAMENTA LA TEORIZACIÓN

Krzystof Pomian (*Cicli*, 1977) inventó la palabra cronosofía, la cual se refiere a lo que suponemos acerca de la relación entre pasado, presente y futuro.¹ La labor de todas las ciencias sociales históricas de los últimos dos siglos ha estado dominada de manera abrumadora por la cronosofía lineal personificada en la teoría del progreso. La relación del pasado, el presente y el futuro en esta cronosofía es una curva ascendente. Conforme a su versión rígida —la más difundida—, este ascenso de la humanidad ha sido inevitable e irreversible.

En el periodo actual en ocasiones se ha desafiado dicha cronosofía, pero los desafiantes propusieron una cronosofía cíclica poco convincente. Los protagonistas de la cronosofía de un mundo inalterable, tal y como los hay, han sido totalmente excluidos de las instituciones del conocimiento, y es por ello por lo que sólo hasta hace

poco la teoría del progreso se ha enfrentado a un desafío importante; incluso ahora el desafío tiende a consistir en poner en duda la realidad del progreso, por lo general sin explicar otra perspectiva posible sobre el mundo. Esto es, los opositores actuales a menudo sólo han ridiculizado las bases ideológicas de la teoría del progreso sin realizar la ardua labor de proporcionar un nuevo marco de referencia. No basta con proclamar que todo es una disertación, ya que aun si esto fuera cierto, querríamos conocer la relación entre la disertación pasada, presente y futura.

Puedo sugerir una cronosofía alternativa: la teoría del progreso posible. Si existen sistemas históricos y cada uno tiene ritmos cíclicos y tendencias seculares, si cada uno tiene sus contradicciones y cada uno llega al punto de divergencia o bifurcación que es intrínsecamente estocástico por naturaleza, entonces han existido momentos (muchos momentos) sucesivos en el tiempo y el espacio históricos en los cuales se han dado las alternativas históricas más importantes.

Decir que una transición es estocástica no es lo mismo que decir que todo y nada es posible. El número de vectores posibles no es infinito pero se ubica dentro del rango creado por la suma de las realidades existentes. Por ende, las alternativas que tenemos en la actualidad son bastante diferentes de aquéllas disponibles en el año 1450 d.C. o en el año 500 a.C. La flecha del tiempo es irreversible y acumulativa, pero no inevitablemente progresiva.

Desde luego progresivo es un concepto moral y se mide por la referencia a algún grupo de suposiciones acerca de la buena sociedad, pero estas mismas suposiciones son de la mentalidad del sistema histórico del cual somos miembros y son ellos mismos variables y variantes. No obstante, podemos estar de acuerdo de manera provisional en lo que se supone consideramos el progreso y podemos evaluar la transformación histórica a la luz de estos criterios.

La divergencia permite resultados muy diferentes (aunque dentro de ciertos parámetros) porque las estructuras existentes se han vuelto tan frágiles que una pequeña fluctuación puede, en este momento del tiempo, tener grandes consecuencias en contraste con la probabilidad de pequeñas consecuencias en el caso incluso de grandes fluctuaciones en los sistemas actuales (de ahí la aparente tendencia al equilibrio). Si pequeñas fluctuaciones generan grandes consecuencias, entonces es claro que los múltiples actores *podrían* aprovechar esta situación tipo "libre albedrío" para promover proyectos

particulares. Tenemos el equivalente a una volea rápida entre tenistas o jugadores de ping-pong connotados, donde la capacidad del analista para fijar la vista en la bola y a la vez calcular todos los demás detalles es clave para predecir o incluso para entender el resultado de manera retroactiva. Ésta es la "obra de moralidad sobre un enorme lienzo" de E. L. Jones. Sería anticientífico ignorarlo.

Por lo tanto ahora llegamos a la última de las prácticas metodológicas, la más difícil de seguir.

NO EXISTEN FENÓMENOS ECONÓMICOS CARACTERÍSTICOS
QUE PUEDAN DISTINGUIRSE DE LOS FENÓMENOS POLÍTICOS
Y SOCIALES: EL TODO ES UNA MADEJA INSEPARABLE

Las ciencias sociales del siglo XIX nos dejaron un terrible legado: la afirmación de que la realidad social ocurre en tres escenarios diferentes y separados —el político, el económico y el sociocultural. Hemos edificado nuestras instituciones del conocimiento con base en esta distinción, y en nuestra literatura hablamos de tres grupos de factores o variables. Por fenómenos económicos nos referimos a los relacionados con el mercado ficticio, los fenómenos políticos son los relacionados con la toma de decisiones del estado, y los fenómenos socioculturales son aquellos determinados por nuestros estados de ánimo (en general se piensa que son más "subjetivos" en contraste con las limitaciones más "objetivas" del mercado y el estado). Pero esto carece de sentido en lo que se refiere a cómo funciona el mundo realmente. Nadie, de manera subjetiva, tiene tres motivaciones segregadas: la económica, la política y la sociocultural; y tampoco existen instituciones reales que de hecho estén en un solo escenario.

Tomemos una institución típica sobre la cual los historiadores económicos escriben con regularidad: sistemas de producción en la agricultura y la industria. ¿Por qué denominamos dichos escritos historia *económica*? Si se leen otros documentos además de los que generan los historiadores económicos, salta a la vista que estas estructuras no se describen completamente en términos de cómo se relacionan con un "mercado". Los sistemas de producción están organizados como una serie de relaciones sociales que encarnan sistemas de creencias particulares. Dan por supuesto procesos políti-

cos particulares y a la vez están limitados por éstos. En la práctica, nuestro análisis tiene que ser "holístico" para tener siquiera una validez nominal. Así que, ¿por qué evitamos el asunto en teoría?

En la actualidad, la sagrada tríada de la política/economía/sociedad-cultura en la actualidad carece de valor intelectual heurístico; tal vez nunca lo tuvo, pero es claro que ahora no lo tiene. Esto es admitido cada vez más por los historiadores económicos, quienes se están convirtiendo en "historiadores sociales". Pero por supuesto no debemos tirar toda la canasta de manzanas sólo porque unas cuantas están podridas. Sí, estudiemos la dinámica de la historia de la familia, pero no olvidemos las curvas de precios en el proceso. ¿Por qué no volver a lanzarnos de lleno y analizar también de manera específica la política de las curvas de precios o de la historia de la familia? En resumen, mientras los historiadores económicos exigen que se remplace a la economía, también deberían insistir en que se descarte el adjetivo "económico", no para olvidar los factores económicos sino para insistir en el análisis holístico.

Necesitamos una reorganización fundamental de la actividad del conocimiento en las ciencias históricas sociales en la escala global. En el pasado, el espíritu de los historiadores económicos ha sido el que más se acercó al tipo de ciencia social histórica que debemos crear en el futuro: una en la que edifiquemos nuestra teoría fuera del estudio de la realidad, esto es, fuera de la historia. La única realidad es la que está en constante cambio. Ésta es la realidad histórica que debemos teorizar.

20. EL ANÁLISIS DE LOS SISTEMAS-MUNDO: LA SEGUNDA FASE

El análisis de los sistemas-mundo ha existido con ese nombre más o menos durante 15 años. Por supuesto, algunos de sus argumentos han tenido historias más largas, incluso historias muy prolongadas, pero como perspectiva surgió apenas en la década de los setenta. Se presentó como una crítica a los puntos de vista dominantes en las diversas ciencias sociales y, de manera fundamental, al expansionismo y la teoría de la modernización que parecían dominar las ciencias sociales en el nivel global durante los años sesenta.

La revolución mundial de 1968 no privó al mundo de las ciencias sociales, y el análisis de los sistemas-mundo en los que participaba era parte de una reacción más amplia al positivismo ideológico y al falso apoliticismo que, dentro de las ciencias sociales mundiales, fueron la contraparte de la cosmovisión hegemónica estadounidense. A pesar de que el análisis de los sistemas-mundo fue sólo una variante de esta crítica, destacó en retrospectiva porque rompió con las ciencias sociales del siglo XIX en forma más profunda que otros ensayos críticos, aunque es probable que el rompimiento no fuera lo bastante profundo.

Es muy difícil saber evaluar "lo que hemos aprendido", así que explicaré en detalle lo que considero son las premisas o los argumentos más importantes, los cuales considero que ya han sido aclarados de manera razonable. Elegí con sumo cuidado el verbo "explicar en detalle", lo cual no significa que todos lo hayan adoptado o que no haya algunos que refutan dichas premisas o argumentos, por lo menos en detalle, aun entre quienes piensan que comparten la perspectiva de los sistemas-mundo. Pero sí significa que existe suficiente explicación detallada de los argumentos como para que resulten familiares más allá de los límites de los iniciados (y así por ejemplo se les podría incluir en los libros de texto como reflejo de un "punto de vista"), de tal manera que estas premisas y argumentos podrían ser vistos como parte de las características definitorias de la perspectiva de los sistemas-mundo.

Veo tres de estas características definitorias. La primera y más

obvia es que el "sistema-mundo" es la "unidad de análisis" adecuada para el estudio del comportamiento social o de la sociedad. No cabe duda que esta afirmación ha provocado grandes debates en torno al llamado problema macro-micro, el cual, en este caso, se traduce en ¿cuánto del comportamiento local o nacional se explica/determina por la evolución estructural en el nivel del sistema-mundo? Considero que éste es un problema totalmente falso, pero no discutiré el asunto en este momento, sólo señalo que en términos formales el asunto macro-micro no es diferente si uno decide que los límites de una "sociedad" son los de un "sistema-mundo", o que estos límites se correlacionan más o menos con los límites de las "naciones-estado". Pero aquí todavía puede decirse que hay un problema macro-micro. La verdadera novedad, en consecuencia, es que la perspectiva de los sistemas-mundo niega que la "nación-estado" represente de alguna forma a una "sociedad" relativamente autónoma que se "desarrolla" con el tiempo.

La segunda característica determinante ha sido la larga duración. Por supuesto que esto nos coloca en la tradición de los *Annales*, así como en la del campo floreciente de la "sociología histórica", pero considero que la perspectiva de los sistemas-mundo era más específica que cualquier otra y explicaba algunos elementos que son difusos en las otras dos tradiciones. La larga duración es el correlativo temporal de la calidad espacial del "sistema-mundo"; refleja la insistencia en que los "sistemas-mundo" son "sistemas históricos", esto es, que tienen comienzos, vidas y finales. Esta postura deja claro que las estructuras no son "inmóviles", e insiste en que hay "transiciones" de un sistema histórico a su sucesor o sucesores. Es esta combinación, el espacio de un "mundo" y el tiempo de una "larga duración", la que conforma algún sistema-mundo histórico particular.

El tercer elemento del análisis de los sistemas-mundo ha sido la perspectiva determinada de un sistema-mundo en particular, aquel en el que vivimos: la economía-mundo capitalista. Voy a enunciar varios elementos que ya se explicaron con anterioridad. Algunos de ellos se tomaron de manera directa o modificada de otras perspectivas anteriores. Algunos otros son relativamente nuevos. Pero ha sido la combinación de estos argumentos lo que se asocia con el análisis de los sistemas-mundo. Sólo voy a enunciar las características que se supone describen una economía-mundo capitalista:

1. la incesante acumulación de capital como fuerza impulsora;
2. una división axial del trabajo en la cual existe una tensión centro-periferia, de tal manera que hay cierta forma de intercambio desigual (no necesariamente como lo definió en sus orígenes Arghiri Emmanuel) que es especial;
3. la existencia estructural de una zona semiperiférica;
4. la función importante y continua de una mano de obra no asalariada a la par de una mano de obra asalariada;
5. la correspondencia entre los límites de la economía-mundo capitalista y los de un sistema interestatal que se compone de estados soberanos;
6. la ubicación de los orígenes de esta economía-mundo capitalista: antes del siglo XIX, tal vez en el siglo XVI;
7. la opinión de que esta economía-mundo capitalista comenzó en una región del globo (principalmente en Europa) y después se extendió a todo el globo mediante un proceso de "incorporaciones" sucesivas;
8. la existencia de estados hegemónicos en este sistema-mundo cuyos periodos de hegemonía total o indiscutible han sido, sin embargo, relativamente breves;
9. el carácter no primordial de los estados, grupos étnicos y familias, cuya totalidad se crea y recrea de manera constante;
10. la importancia fundamental del racismo y el sexismo como principios organizadores del sistema;
11. el surgimiento de movimientos antisistémicos que debiliten y refuercen simultáneamente al sistema;
12. un patrón tanto de ritmos cíclicos como de tendencias seculares, que encarna las contradicciones inherentes al sistema y que explica la crisis sistémica que supuestamente vivimos en la actualidad.

Sin duda la presente lista constituye sólo un grupo de premisas y argumentos que se articularon y se han vuelto casi familiares para muchos. No es una lista de verdades, mucho menos una lista de credos a los cuales debemos jurar lealtad. No cabe duda de que se necesita mucho trabajo empírico en cada uno de estos doce puntos, y es posible que en el futuro sean reformulados de manera teórica. Sin embargo, existen como perspectiva relativamente coherente y articulada del capitalismo histórico.

Ahora me gustaría hablar sobre la "segunda fase", los asuntos

que han surgido pero que aún no están bien articulados y que, desde mi punto de vista, deberían preocuparnos en los próximos diez o veinte años.

El primero es la elaboración de sistemas-mundo diferentes de la economía-mundo capitalista. Esta labor comenzó con Chris Chase-Dunn y Janet Abu-Lughod, así como con varios arqueólogos cuyo trabajo es poco leído por los analistas de los sistemas-mundo que se han abocado al sistema-mundo moderno. En la medida que prosigamos con este tipo de trabajo, quizás sucederán tres cosas: *a*] revaluaremos lo que en realidad es característico de nuestro sistema-mundo moderno; *b*] revaluaremos lo que queremos decir por sistema-mundo, tanto en términos de tiempo como de espacio; *c*] empezaremos a comparar de manera sistemática los diferentes tipos de sistemas-mundo. Está por verse si esto después nos lleva a perdernos y a rencontrar una nueva cosmovisión nomotética ("la ciencia de sistemas-mundo comparativos") o una nueva cosmovisión idiográfica ("la descripción de un sistema-mundo único que ha evolucionando por lo menos durante 10 000 años).

El segundo campo es la explicación de cómo definimos y medimos la polarización dentro de la economía-mundo capitalista. En la posguerra, la polarización se convirtió en un concepto un tanto impopular. Los sistemas-mundo la revivieron, pero en realidad nunca la explicaron, entonces ¿cómo demostramos su existencia? En efecto, ¿cómo podemos cuantificar su realidad? En primer lugar enfrentamos la dificultad técnica de que ninguna medida es útil o importante, que no abarca todo un sistema-mundo, y que los límites del sistema han estado cambiando constantemente con el tiempo. En segundo lugar, en teoría la polarización no se da entre estados sino entre zonas económicas y entre clases y personas. Por último, las maquinarias-estado no levantaron las estadísticas de manera pertinente para dicho análisis. En conclusión, los problemas de medición son desalentadores.

Independientemente de que es necesario inventar nuevas bases de datos —un aspecto en el cual se ha logrado muy poco avance en los últimos 15 años—, está la cuestión de cómo conceptualizamos la polarización. Si la medimos en términos de una cierta clase de ingreso monetario, enfrentamos problemas poco conocidos pero sí considerados durante mucho tiempo, aunque sin resolver, por ejemplo cómo traducir en términos monetarios el ingreso que no es monetizado pero sí es real. Éste es el menor de nuestros problemas,

el mayor está en la categoría de la calidad de vida. Por ejemplo, puesto que existe un mayor número de personas en la actualidad, obviamente existe menor espacio por persona. ¿Menos espacio real? Por supuesto. ¿Menos espacio útil? Tal vez. ¿Cuánto espacio utiliza la gente en los extremos polarizados de la distribución del ingreso, o cuánto tiene a su disposición y cómo lo averiguaríamos? Y ¿qué pasa con los árboles? ¿Acaso el estrato alto tiene más árboles y el estrato bajo del mundo menos árboles que hace quinientos años? Después surge el asunto de la salud. Si en promedio vivimos x número de años más, pero algunos de nosotros vivimos ese x número de años con un grado de salud que permite un buen funcionamiento y otros se encuentran vegetando, esto es otra polarización. Los cuestionamientos en este caso son tanto técnicos (cómo hacer la medición) como materiales (qué medir), y son muy complejos. También son intelectualmente cruciales en el debate con la perspectiva expansionista que todavía está muy presente. Mientras no abordemos de manera convincente la cuestión de la polarización, no tendremos una verdadera influencia.

Tercero, debemos empezar a investigar las opciones históricas que están ante nosotros en el futuro. Si creemos que todos los sistemas históricos llegan a un fin, el que estamos viviendo también hará lo mismo. Y si creemos que las tendencias seculares del sistema existente lo trajeron a la zona de crisis o "transición" sistémica, entonces estamos a tiempo de comenzar a participar en la utopística —no el utopianismo, sino la utopística, que es la ciencia de las utopías utópicas, es decir, el intento de esclarecer las alternativas históricas reales ante nosotros cuando un sistema histórico entra en una fase de crisis, y de evaluar en ese momento de fluctuaciones extremas lo positivo y lo negativo de las estrategias alternativas.

Al rechazar las ciencias sociales del siglo XIX, el análisis de los sistemas-mundo necesariamente rechaza su fe reinante, la creencia en el progreso inevitable. Creo que un modelo alternativo y viable de cambio es el de procesos no lineales que al final alcanzan puntos de divergencia, donde ligeras fluctuaciones tienen graves consecuencias (en oposición a equilibrios determinados en los cuales grandes fluctuaciones generan pequeñas consecuencias). Éste es el modelo que Prigogine ha sugerido para todos los sistemas complejos ("orden" mediante "caos"), y el más complejo de todos los sistemas conocidos es el sistema social histórico. Incluso en el caso de sistemas tan sencillos como son los sistemas físicos, el tiempo se

vuelve la variable principal al reconceptualizar la realidad como una serie de procesos estocásticos e irreversibles dentro de la cual los procesos reversibles y deterministas son un caso limitado y especial. Si esto es así respecto a los sistemas sencillos, con mayor razón lo es en el de sistemas históricos complejos.

El hecho de que la solución a la divergencia sea indeterminada no significa que esté fuera del alcance de la investigación racional. Podemos clarificar la red de fuerzas en operación, explicar vectores posibles (y en consecuencia los lugares de posible interferencia consciente) y, por lo tanto, esclarecer las verdaderas alternativas históricas que están frente a nosotros. No se trata de especulación sino de investigación seria; un trabajo que deberíamos estar haciendo.

Dejé para el final lo que considero es la cuestión más importante. Hemos venido diciendo desde el principio que nuestra perspectiva es unidisciplinaria, pero lo decimos de dientes para fuera. Hay mucho trabajo por hacer en tres niveles: teórico, metodológico y organizativo.

Desde el punto de vista teórico el asunto es muy sencillo. Todo científico social usa de ordinario la distinción entre tres terrenos: el económico, el político y el sociocultural. Nadie nos cree cuando decimos que existe un solo terreno con una sola lógica. ¿Nosotros lo creemos? Algunos de nosotros, sin duda, pero no todos. Y todos reincidimos en utilizar el lenguaje de los tres terrenos en casi todo lo que escribimos. Ya es hora de que ataquemos seriamente este asunto.

La pregunta teórica es si esta tríada de terrenos de acción social —la economía o el mercado, el sistema de gobierno o el Estado, la sociedad o la cultura— es del todo útil o si más bien es perjudicial. ¿Podría pensarse, incluso hipotéticamente, que alguno de los tres tuviera una actividad autónoma? Toda actividad económica supone reglas y preferencias socioculturales, y funciona dentro de límites políticos. Además, los mercados son creaciones sociopolíticas. ¿Existe, por ejemplo, un verdadero precio económico que de cierta manera pueda despojarse de su base política y social? Toda actividad política cumple con el propósito de garantizar o buscar la ventaja o necesidad económica, así como de reforzar los objetivos socioculturales. ¿Podría existir una búsqueda de poder que se despojara de estas consideraciones? Y la actividad sociocultural se hace posible y se explica por la ubicación económica y política, además de cumplir con objetivos que en última instancia se definen en estos

términos. ¿Cómo puede uno imaginar la actividad social (o cultural) despojada de estos factores?

Tampoco es sólo cuestión de que los tres terrenos están estrechamente relacionados. La cuestión es que la actividad humana dentro de un sistema-mundo determinado se mueve de manera indiscriminada e imperceptible en y entre los tres terrenos. Entonces, ¿constituyen en verdad terrenos separados? A menudo se sugiere que, a pesar de que no eran terrenos separados antes del advenimiento del sistema-mundo capitalista, se separaron en este sistema. Pero el trabajo descriptivo que ha proporcionado hasta ahora el análisis de los sistemas-mundo sobre cómo ha funcionado en realidad el capitalismo histórico, lo lleva a uno a mostrarse muy escéptico en cuanto a que la separación de ámbitos haya tenido alguna realidad funcional incluso en ese sistema. En caso de ser cierto, estamos practicando entonces modelos falsos y socavando nuestra propia argumentación debido al uso continuo de dicho lenguaje. Es urgente que comencemos a desarrollar modelos teóricos alternativos.

Esto nos obligará entonces a enfrentar y explicar en detalle las implicaciones metodológicas del análisis de los sistemas-mundo: que en realidad no existen formas nomotéticas o idiográficas de conocimiento y que la única epistemología verosímil se encuentra a mitad del concepto de un sistema histórico. En otras palabras, nuestro conocimiento es acerca de las estructuras que se reproducen mientras que están en constante cambio y, en consecuencia, nunca se reproducen. Podríamos descubrir las reglas que parecen regir los ritmos cíclicos, pero nunca describen en verdad una situación empírica dada. La ciencia de lo complejo es la ciencia de la descripción óptima de lo inherentemente impreciso.

No sólo debemos explicar esta metodología, también tenemos la enorme tarea de generar información sistémica mundial que refleje esta realidad imprecisa de máxima importancia. Durante 50 años decenas de miles de académicos necesitarían abocarse a esta labor de imaginación y trabajo arduo que es difícil desde el punto de vista intelectual, y material y temporalmente agotadora, antes de que rindiera fruto. Hemos perdido mucho tiempo.

Por último se nos podría obligar a enfrentar con renuencia las implicaciones organizativas políticamente difíciles de nuestro trabajo; la total reorganización del sector de las ciencias sociales en nuestras universidades y bibliotecas. Nuestras actuales divisiones disciplinarias tardaron 100 años en institucionalizarse y ahora están

bien consolidadas. Las ciencias sociales son un megacoloso cuyos pies de barro son grandes y difíciles de resquebrajar. No obstante, una vez que confrontemos los asuntos teóricos y metodológicos, podríamos no estar en posibilidad de evitar las implicaciones organizativas de nuestros puntos de vista radicales; pero tal vez ésta sea la tercera fase. Por el momento, la segunda fase es suficientemente enorme.